



NÚM. 8.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 23 DE FEBRERO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



antas mentiras se nos comunican por el telégrafo por la vía de Nueva-York con referencia á la expedición de Méjico, que va á ser necesario no creer nada ó creer lo contrario de lo que digan los periódicos anglo-americanos. Primero nos enviaron á decir

que Vera-Cruz estaba sitiada por las tropas de Uruga, el cual inocente del hecho que se le atribuía, se encontraba á siete ú ocho leguas de aquella ciudad procurando fortificar los pasos de la sierra, no sabemos si para abandonarlos cuando llegue la ocasión de orden del *supremo gobierno*. Después los periódicos anglo-americanos nos contaron cómo un regimiento español había tenido un violento choque con un regimiento francés, y cómo introducida la más profunda división entre los aliados, la expedición iba á ser fácil presa de los grandes guerreros de Méjico, á quienes no obstante el general Scot con una tropa de aventureros logró hacer huir en todas ocasiones. Por supuesto que entre los españoles y franceses no solo no se turbó la armonía sino que se estableció una *entente cordiale*, de la cual tememos que resulte lo que decía Iriarte de los dos loros procedentes de Santo Domingo, isla en otro tiempo, mitad francesa y mitad española (1).

El francés del español
Tomó voces aunque pocas:
El español al francés
Casi se las toma todas.

Pero los noticieros norte-americanos, cuya inventi-

(1) A propósito de Santo Domingo: en uno de los últimos números publicamos la vista de San Tomas, y al pie se decía: *San Tomas, is-*

va es grande, viendo que sus anteriores noticias por ser las primeras habían dejado algo suspenso el ánimo, quisieron dar el gran golpe y anunciaron que por un correo procedente de Acapulco y que había llegado ganando horas á San Francisco de California se sabía que allá en Acapulco corría muy acreditado el rumor de que los españoles habían sido derrotados por los mejicanos después de un combate de cinco horas. Estas cinco horas serían sin duda de las que había ganado el correo de Acapulco, y no creemos que le dieran más por la noticia.

No ha parado aquí la inventiva: ahora se dice que un batallón inglés y otro español se han merendado mutuamente, no quedando más que el poncho del uno y la casaca encarnada del otro. Ahora bien, por nuestras noticias particulares, sabemos que todos esos muertos y heridos en reyertas y combates gozan de la más completa salud. El general Prim y los jefes aliados se habían adelantado hasta Medellín, cinco leguas más allá de Vera-Cruz, y esperaban la respuesta al ultimatum enviado á Juarez, para emprender las operaciones en caso necesario. A estas fechas estarán muy cerca de Vera-Cruz los refuerzos enviados de Francia, y en la Habana está dispuesta una reserva de tres mil hombres más.

Los mejicanos dicen (y esta es la invención más peregrina que ha venido de Nueva-York) que se han unido todos para rechazar la invasión: prescindiendo de la imposibilidad de este hecho, diremos que el gobierno de Juarez intenta entretener á los expedicionarios en las playas mal sanas de la *tierra caliente* hasta la época en que la fiebre amarilla se desarrolla en toda su intensidad, y tener por auxiliar á la peste, contra la cual no valen las bayonetas ni los cañones; pero los aliados, que saben lo que importa no perder tiempo, cuando llegue la época precisa, pasarán de tierra caliente á tierra fría, y no darán lugar á más dilaciones que las puramente necesarias.

Pasando á hablar de triunfos, y no mejicanos sino españoles, pero de triunfos más pacíficos, tenemos un vivo placer en felicitar al joven sacerdote don Miguel Sanchez, por el que alcanzó la otra noche en el Ateneo, mostrando una admirable elocuencia, una sólida

la de Santo Domingo: desatino geográfico cometido por equivocación material al imprimirlo. Nos confesamos culpados de no haber leído las pruebas de aquel grabado. Escusado es decir que San Tomas es una de las pequeñas Antillas, que solo tiene cinco leguas de largo por dos de ancho y á la cual ha dado importancia la completa y absoluta libertad comercial que le ha concedido su gobierno, que es el de Dinamarca.

instrucción y una gran elevación de miras al discutirse en la sección de ciencias morales y políticas el tema de la relación entre los progresos científicos y materiales, y los progresos morales. El señor Sanchez defendió al siglo actual y al mismo tiempo á la Iglesia, sosteniendo que el siglo ha mejorado, así en moralidad como en ilustración, y que la Iglesia, lejos de ser enemiga de la razón y de la ciencia, había salvado á la una y fomentado el desarrollo de ambas. Aun volveremos á oír al señor Sanchez otra noche, demostrando las ventajas que el siglo XIX lleva en punto á moralidad á los anteriores y las que los siglos venideros llevarán sin duda al actual, en virtud de la ley constante del progreso y de la perfectibilidad á que obedece la familia humana como ser racional, y por consiguiente perfectible en toda la serie de los tiempos. Damos la enhorabuena al señor Sanchez, y se la damos también al clero y al Ateneo.

Ha salido á luz la primera entrega de la obra que con el título de *la Espada y la Palabra* está publicando don Fermin Gonzalo Moron. Es un magnífico estudio que demuestra las grandes dotes y la erudición profunda de su autor, no menos que la brillantez de su imaginación.

A la aproximación de la primavera, la crónica criminal va cubriendo sus páginas más que de ordinario. En estos días se han cometido no pocos delitos, y entre ellos uno de infanticidio con circunstancias repugnantes á la humanidad. Los romanos no tenían pena para los hijos que mataban á sus padres, porque declararon que este delito era imposible: es verdad que entonces los padres tenían el derecho de vida ó muerte sobre sus hijos. El mundo ha progresado y hoy se considera como más repugnante y contrario á la naturaleza, la muerte dada por el padre al hijo que la de aquel por este. Por fortuna se ven pocos crímenes de esta horrible especie; pero en la semana última se han verificado algunos. Corramos un velo sobre tan negro cuadro.

¡ Dicen que una mujer de Alicante ha dado á luz un niño mitad blanco y mitad negro, como esos trajes de máscara que llaman *de noche y de día*. Tirándole una vertical imaginaria desde la cabeza á los pies, resulta que la parte derecha es enteramente negra y la izquierda blanca. ¿A qué atribuir este fenómeno? Dícese que ni los padres, ni ninguno de sus ascendientes ha sido de raza etiope ni del Congo: ¿será que todos tengamos algo de lo que hace tomar á la piel el color negro? ¿Será que Adam fuese primitivamente negro, y después se ha ido blanqueando á medida que estendido por latitudes

boreales ha ido perdiendo el pigmento ennegrecedor? ¿Será que por cualquier circunstancia se haya podido favorecer el desarrollo de ese pigmento en una parte del cuerpo del recién nacido y no en la otra?

No parece esta hipótesis enteramente absurda; sin embargo, no se halla explicación suficientemente científica de ese caso, así como tampoco se halla de los diferentes observados en el Brasil entre individuos de la raza negra que han dado á luz hijos enteramente blancos.

¿Si será que la blancura es una enfermedad, y que todos deberíamos ser negros para conservarnos sanos y robustos? No queremos seguir penetrando en las tenebrosidades de esta cuestión, no sea que la lógica nos conduzca á demasiado negras consecuencias.

Parece que se trata de colocar en el teatro Real, el busto de la Lagrange y de otros artistas notables. La idea es buena, y celebraremos que se realice.

El jueves se dió en Variedades la 61.^a representación de la *Cruz del matrimonio* á beneficio de su autor. En los demás teatros no se ha dado ninguna obra nueva, aunque se preparan muchas. En Jovellanos se ha presentado el señor Fournier, y se ha hecho aplaudir tocando en la flauta varias piezas de música que ha compuesto: y en Novedades una compañía de acróbatas demuestra lo que puede hacer el hombre cuando no mira el peligro de hacerse una tortilla.

For esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

MARTINEZ DE LA ROSA.

¡Martinez de la Rosa ha fallecido! Hé aquí la triste nueva que de unos á otros labios ha volado en estos días; las frases que con sentimiento han impreso todos los periódicos; el funesto motivo de pesar que embarga todos los corazones. Todos sin escepcion, porque Martinez de la Rosa era una gloria nacional, cuyo nombre respetado dentro y fuera de España, era timbre honoroso é imperecedero para la nación que le vió nacer, lo mismo si se le consideraba como orador y poeta, que como filósofo y patriota. Hé aquí por qué han sido unánimes las frases todas con que lo mismo el pueblo que el palacio, lo mismo la prensa periódica que la tribuna, han dedicado á expresar el profundo sentimiento que ha causado la muerte de tan eminente repúblico. Y si en todas las vicisitudes de su larga vida política, como se ha dicho muy bien, en los palacios, en los calabozos, en su patria ó en la emigración, dos ideas fueron los gérmenes de todas sus generosas aspiraciones, la monarquía y la libertad; si como poeta, como orador, como político, como hombre de Estado, se consagró á su triunfo; si en el libro, en la Academia y en el Parlamento, fue su apóstol, así en su juventud como en su ancianidad, sin que hubiese obstáculos, ni persecuciones, ni adversidades que le hicieran vacilar en sus elevados propósitos, ¿qué mucho haya muerto querido y respetado por sus obras y servicios, rodeado de simpatías y atenciones, y acompañado á la última morada con el sincero afecto del pueblo y de los reyes?

Martinez de la Rosa fue uno de los primeros poetas de la aurora de la regeneración política de España, cuando acorralados los representantes de la nación por las bayonetas extranjeras en una isla de memorable recuerdo (1), escribían el Código fundamental de nuestro derecho al fulgor de los cañonazos enemigos. Diputado en las Cortes del año 1813, aunque pertenecía á la clase media, merced á su acendrado patriotismo, á su clara é irresistible elocuencia, á la elegancia, belleza y corrección de sus discursos y composiciones, se hizo notar desde luego, pudiendo vaticinarse desde entonces los grandes servicios que debía prestar al país y á la dinastía. Lanzado en 1814 á un presidio por un gobierno que veía en él un poderoso regenerador de las antiguas libertades, sufrió con serenidad y resignación la vida y las penalidades del calabozo, sin abjurar de sus creencias, sin temer por el porvenir suyo y de su patria. En el Peñón de la Gómera, lejos de debilitar su espíritu, supo acrecentar su entereza, arraigando mas y mas en su pecho dotes por cierto no muy comunes. La fe inquebrantable en el triunfo de la idea, la convicción sublime de sus principios políticos, desplegadas desde sus tiernos años en la tribuna, triunfaron despues de los días de opresión y desgracia, y se robustecieron en medio de las conmociones políticas y de las mas difíciles vicisitudes. Ministro en 1822, demostró igual constancia de carácter y un valor cívico á toda prueba, no arredrándole los amagos de sus enemigos cercanos, ni las conjuraciones extranjeras, y tanto en las diversas veces que como ministro mereció la confianza de la corona, como en el desempeño de su embajada en Roma, y al ocupar su puesto en la Cámara de diputados, Martinez de la Rosa conciliaba los afectos y atraía el respeto de sus mismos adversarios políticos, ejerciendo en todas partes su ilustrada preponderancia. Era en fin, uno de los mas sólidos cimientos del mo-

(1) La isla de León.

dermo edificio de nuestras instituciones políticas; y como ha dicho recientemente un orador, si vino á la vida pública cuando la nación estaba sumida en el mayor abatimiento, envilecida, conquistada por gente extranjera, y despues de tantos esfuerzos y de sacrificios en que tuvo tan gloriosa parte, puede decirse que salió de este mundo terminada ya su misión. «Encontró á su patria aherrojada y conquistada, y la deja no conquistadora, pero si ondeando su bandera triunfante sobre uno y otro país extranjero, y recobrando el lugar distinguido que le señala la historia.»

Si como orador y político era Martinez de la Rosa, sin género de duda, una de nuestras venerandas glorias nacionales, como literato y publicista ha dejado creaciones del ingenio que han sido mil veces aplaudidas en la escena, ó han dirigido á otros escritores á un distinguido puesto en la república literaria. Algunas de sus producciones obtuvieron la honra de ser vertidas á idiomas extranjeros, poseyéndolas con aplauso los mismos teatros de Francia, de Portugal y de Italia. *La Conjuración de Venecia*, *Aben-Humeya*, *Edipo* y otras obras no menos conocidas, demostraron cuán bien sabia conciliar Martinez de la Rosa en la dramática, el clasicismo con el romanticismo, ajustándose á las condiciones mismas que señalaba y exigía en su *Arte Poética*, cuando decía que en lo que consiste el mayor mérito del poeta trágico, era: versificación llena, robusta y fácil, mas bien que artificiosa y preciada de cadencia y armonía, caracteres propios, bellos, acertadamente contrastados y consecuentes, estilo tan enérgico y elevado cuanto natural, lucha bien retratada entre las pasiones mas tiernas del alma y los principales deberes de la naturaleza, y en general procurar que nunca esté tranquilo el ánimo de los espectadores, que es en lo que consiste el mayor mérito del poeta trágico. Sencillos al par que fáciles y correctas sus comedias, son piezas acabadas de estilo, por mas que á veces no naciesen con designio de ser dadas á conocer fuera del círculo de los amigos. *Lo que puede un empleo*, *La boda y el duelo*, *La niña en casa y la madre en las máscaras*, *El español en Venecia* y *Los celos infundados*, ya criticando vicios de la época, ya presentando tipos dignos de severa censura, obtuvieron siempre aplausos, pues además de sus versos variados y floridos; además de sus pensamientos, ya bellos, ya profundos, jamás acudia el autor al funesto halago de aquellas pasiones que siembran en la sociedad la desunión y el sobresalto. *La viuda de Padilla* y *Morayma*, son tragedias que escritas con diversos fines, y representadas la primera en momentos de conmoción y peligro para la patria, enaltecieron no poco el nombre de Martinez de la Rosa. De todas sus obras, corregidas por su mano, parece que debe publicarse en breve una edición perfecta, y segun ha anunciado un crítico, aparecerá entre ellas un drama nuevo inédito, compuesto en 1849 en Nápoles, y sacado de la conmovedora historia de la Revolución de Francia. Las noticias que á este drama inédito se refieren, interesan sobremanera en estos momentos, por lo que las reproducimos respetando las apreciaciones ajenas. «Separándose en él ya de la escuela clásica, se hace vibrar las fibras mas dolientes del corazón, por medio de la representación del sacrificio de un padre que toma el nombre de su hijo para salir al cadalso; encerrando este episodio en un cuadro que ofrece á la vista la revolución francesa, el día en que cayó Robespierre y su partido. Dicho momento, segun espresa el mismo autor, ofrece el interés de un cuadro lleno de alternativas y peripecias, realizadas en el término de veinte y cuatro horas. Con hábil maestría escoge el autor para el golpe teatral de inmolarse el padre por el hijo, la ocasión de haber este abandonado su encierro para volar al lado de su amante; situación tierna y conmovedora que no podrá menos de apreciar el espectador como un contraste de los mas dignos de atención que ofrece la vida humana. Entre las escenas del drama, merece notarse una en que varios bandidos asaltan las ruinas de un convento demolido por la revolución, donde han llegado al par á buscar abrigo los protagonistas padre é hijo, en unión de otro padre y su hija; esta amante del segundo de los primeros, y todos nobles que huyen de los revolucionarios, en la que parece verse el sombrío colorido y carácter altamente dramático de alguna de las composiciones de Schiller, al mismo tiempo que se da á entender prácticamente lo indispensable que son algunas nociones del principio de autoridad aun entre las sociedades mas ilegítimamente constituidas. Al que haya admirado los rasgos con que están dibujados los momentos de la revolución en *La conjuración de Venecia*, escusado será decirle que los de este drama conmueven el espíritu como si fuesen verdaderos. La forma, modo y palabras, descubren al hombre político, conocedor de cómo se realizan este y los demás sucesos de la vida pública de las naciones, y el todo es altamente dramático y le embellece la bienazonada prosa de su autor y situaciones en extremo interesantes.»

El espíritu de esta obra inédita, como el de las demás obras suyas, nos demuestra bien á las claras el carácter amable, conciliador y benéfico del ilustre orador de Cádiz. De todos modos el homenaje de reconocimiento y de admiración que ha recibido al bajar á la tumba, concedido con las mismas demostraciones de cariño que

recibió en vida, demuestran en efecto, como se ha dicho estos días, progreso en las costumbres políticas de España, estímulo y recompensa para los literatos y políticos que se distinguen en el servicio de la patria, unión entre el trono y la nación. Y ciertamente, «al ver las honras populares, y regias, y magníficas que alcanza tan grande orador, los que han recibido de la naturaleza dotes para alcanzarle y para igualarle, y quien sabe si para sucederle, pueden cobrar bríos desde este momento y hacer, ya que no sea posible olvidar su nombre, hacer olvidar el de los que le siguen desde lejos (1).»

**

ANTIGÜEDADES ROMANAS.

MOSAICO DESCUBIERTO EN LAS RUINAS DEL «PALAU» EN BARCELONA.

I.

Los estudios de la ciencia de las antigüedades que con la cronología, segun la espresión de un célebre escritor italiano forman los ojos de la Historia, avanzan por ventura en nuestro suelo, sirviéndole de constante estímulo los frecuentes descubrimientos con que premia la ciencia los esfuerzos de sus adeptos, dejando levantar cada vez mas alguno de los pliegues del oscuro velo con que encubre el tiempo los sombríos senos del pasado. En menos de un año y sin mencionar otros descubrimientos de menos importancia, el arte visigodo que tan escasos monumentos nos habia dejado de su paso sobre la tierra, ofrece en los últimos descubrimientos de Guarrasar, rico venero de enseñanzas histórica y artística; la antigua Ilici nos presenta recuerdos de su primitiva población céltica, y al mismo tiempo de su esplendor romano en las exploraciones llevadas á cabo con tanto acierto como dichoso éxito por el modesto cuanto entendido jóven ilicitano don Aureliano Ibarra; la antigua itálica, y á pesar de tantas contrariedades con que tiene que luchar para realizar sus investigaciones parece levantarse de día en día de entre sus ruinas al poderoso impulso del inteligente arquitecto don Demetrio de los Rios; y en la opulenta Barcelona, en esa ciudad tan importante en todas las épocas de la Historia de España, como si la Providencia quisiera compensar el dolor que en los amantes del arte produce ver destruido el histórico *Palau* surge de entre sus ruinas, un mosaico romano de subidísimo valor, cuyo asunto y pintura viene á ilustrar la historia de aquel pueblo en una de sus fases mas importantes, en los juegos públicos que tanta importancia tuvieron en la pagana señora de las gentes, ávida siempre de fuertes emociones.

Pero antes de entrar en la descripción de este precioso monumento, cuidadosamente recogido y copiado por el entendido anticuario catalán don J. Puiggari, creemos deber dar algunas noticias, aunque ligeras, acerca de los mosaicos, combinación maravillosa de piedras ó pastas de diversos colores incrustados en una argamasa especial que compiten por la verdad de su dibujo y la brillantez de su colorido con las obras de pintura mas acabadas.

Sobre la etimología de la voz mosaico baste decir, sin entrar en largas disertaciones, que en lo antiguo se llamó trabajo *musivo*, *musaco*, *musiaco*, de *musa*, segun unos, como emblema del arte, buscando otros su etimología en el griego y en el hebreo. Tuvo origen segun se cree, en los suntuosos y espléndidos imperios de Asia, aplicando á la piedra el sistema cuadrangular de sus ricos tapices. Comprueba esta opinión la Sagrada Biblia, haciendo mención en el libro de Esther de un pavimento, que Asuero, rey de los persas, mandó construir con pinturas formadas de mármoles de colores entre los que brillaban esmeraldas. Los egipcios tambien debieron conocerlo, pues en la colección egipcia del Museo de Turin, se ve un fragmento de fétetro de una momia, en cuya cubierta las pinturas que la adornan, segun la costumbre de aquella nación, están ejecutadas en mosaico con una sorprendente exactitud. La materia de que sus piezas están formadas, es una especie de esmalte, cuyos vivísimos colores se han conservado en toda su pureza al través de los siglos. Este notable monumento es quizá el único que puede citarse de mosaico egipcio, siendo lo suficiente sin embargo para deducir que conoció su uso el pueblo de los Faraones; por mas que nosotros creamos que el mosaico en Egipto debió limitarse á revestir piezas de muebles mas que pavimentos, que forma mal enlace la minuciosidad y primor del mosaico con las inmensas frases que escribía el arte gigante de los egipcios en sus estensos templos de colosales formas, en sus atrevidos obeliscos de granito ó en sus inmensas pirámides, montones de ladrillos alzados para sepulcro de sus reyes, allí donde las montañas naturales no daban en su seno digna cabida al subterráneo palacio que labraban á los difuntos monarcas.

(1) Palabras pronunciadas por el excelentísimo señor don Salustiano de Olózaga, en elogio del excelentísimo señor don Francisco Martinez de la Rosa en la sesión del Congreso de los diputados del 10 de febrero de 1862.

Los griegos que adoradores de la forma la elevaron á tal grado de perfeccion que imitar los magníficos restos de sus obras en el espacio que medió desde Pericles á Alejandro, siglo de oro del arte griego, es la deses- peracion de los artistas, por mas que no alcanzaran á darle la espiritualidad que solo debía recibir el arte del aura celestial del cristianismo, cultivaron el mosaico y le elevaron á la altura á que supieron llegar en todos sus trabajos. Bien recibiesen la nocion de este género de pintura de los pueblos del Asia, bien de los mismos egipcios, que mas de una vez fueron sus maestros, bien se desarrollase espontáneamente al ir perfeccionando sus pavimentos, es lo cierto que lo cultivaron, como atestigua Plinio, creyéndolo invencion del pueblo homérico. Manejando hábilmente el colorido, combinando con gran inteligencia las piedrecitas para las medias tintas, dieron á sus mosaicos tal perfeccion, que á poco que el que los admira se aleja de ellos cree ver pinturas debidas al pincel y no á la concienzuda colocacion de pedazo de minerales.

En el desarrollo progresivo del mosaico siguieron procedimientos distintos que son conocidos con diversos nombres. El que debió ser mas antiguo y que corrobora nuestra congetura de haber dado origen al mosaico entre los griegos el perfeccionamiento de los pavimentos, es el llamado *sectilium* que consistia en cubrir el suelo con pedazos de mármol iguales y cuadrangulares, pero de diversos colores. En breve debieron multiplicarse las formas de estas piezas que servian para pavimentar; al hacerlo hubieron de nacer distintas combinaciones que dieron origen á dibujos geométricos formados con los pedazos de mármol, para lo cual tuvieron que ir cortando mas pequeños trozos de piedra, y con este nuevo paso se formó el mosaico conocido con el nombre de *liostraton*. El lujo aumenta, el arte avanza, la invencion le guía, y pasando del dibujo geométrico al natural, se combinan en pequeños cubos los colores de las piedras, se copian con ellos los cuadros de los grandes maestros, y al hacer todo esto se desarrolla el *vermiculatum*, que es el sistema seguido hasta el día.

Estos diversos géneros de mosaicos que nos presentan en su marcha progresiva el adelantamiento del arte, fueron usados, despues que se llegó al último simultáneamente; de modo que no era extraño ver en el pavimento de una sala, por ejemplo, la faja de alrededor por el procedimiento *sectilium*, las segundas hasta encuadrar el asunto principal, con grecas y labores por el *liostraton*; y el centro ó la pintura, por decirlo así, á que lo demás del pavimento servia de marco, por el *vermiculatum*. Atendiendo al asunto que se representaba en él, y no por el procedimiento empleado al formarles, habia cierta clase de mosaico que se llamaba *asaroton*, propio mas bien de las salas de festin, en cuyos pavimentos se figuraban los restos de la comida caidos al suelo.

Los griegos sin embargo de que no usaron pastas teñidas, alternando con la piedra para sus mosaicos, les dieron gran perfeccion, citándose como uno de sus mejores modelos en este género, el mosaico del capitolio encontrado cerca de Tívoli, que representa un vaso lleno de agua, en cuyos bordes están paradas palomas en actitud de beber, y el cual se cree sea el mosaico de Pérgamo, que tanto llamó la atencion de Plinio.

Los romanos, que mas que imitadores de los griegos pueden decirse fueron los continuadores del arte de la patria de Praxiteles, cultivaron el mosaico con tanto mas ardor, cuanto que se prestaba admirablemente al lujo y la ostentacion que desplegaban en sus edificios públicos y privados, y ya con artistas griegos, ya con artistas de su misma *plebs*, discípulos de aquellos, realizaron con los pequeños cubos del *vermiculatum* cuantas composiciones podia concebir la mente de sus pintores. Pero si los griegos solo con piedrecitas hicieron sus mosaicos, los romanos para facilitar mas su formacion en tiempo de Marco Agripa, segun Plinio, empiezan á usar piezas de barro ó ladrillitos pintados y cocidos á manera de nuestra porcelana, de donde toma sin duda origen el que en breve el vidrio de colores entre á componer el mosaico. De esta materia, sin embargo, mas que los destinados á pavimentar, se hacian los que tenían por objeto decorar los muros en las lujosas cámaras romanas; que á tal grado llegó el uso del mosaico entre los romanos, que hasta los habia portátiles para que pudiesen adornar las tiendas de campaña de los emperadores y de los grandes capitanes, citándose entre ellos el que llevaba César en sus expediciones militares. En la época de Claudio, un nuevo invento se introduce en la formacion de los mosaicos. Los vidrios de colores, aun los cubos de barro pintados, no ofrecian para pavimentar, la necesaria solidez; y de aquí que recurriesen los artistas á teñir las piedras en vez de buscar, como los griegos, las variaciones del colorido en las mismas canteras.

De este modo el mosaico, ya conocido de los romanos cerca de 170 años antes de Jesucristo, pues el mismo Plinio nos da cuenta del pavimento de esta clase que hizo construir Sila en el templo que á la Fortuna consagró en Prenesta (1), se generalizó haciéndose su

uso indispensable en toda clase de edificios, y cubriendo con él por el procedimiento *sectilium* hasta los pórticos y los *impluvium* ó espacio descubierto, comprendido entre aquellos, que venia á formar un verdadero patio.

Así con mas ó menos riqueza y perfeccion se pavimentaban las habitaciones romanas por los diversos sistemas que hemos presentado, estendiéndose su uso á todos los municipios y colonias que iban formando donde quiera las vencedoras legiones de la ciudad eterna. Pero cuando en el bajo imperio se aproxima la ruina del gran coloso que tenia por pedestal toda la estension del antiguo mundo, el mosaico toma un carácter especial, consecuencia precisa de las condiciones del arte en los pueblos que ven aproximarse su fin. Cuando la nacionalidad vigorosa de un Estado presta, como el sol á las flores, vida y energía á todos los productos del entendimiento, el arte grande tambien, rico de poder y bastándose á sí mismo, no busca en la materia el efecto de sus creaciones sino en la inspiracion y en el estudio que las da vida. Pero cuando la nacionalidad se pierde; cuando el estado se arrastra como una anciana coqueta que próxima al sepulcro se empeña en cubrir con oro y flores la huella destructora del tiempo, el arte se envilece, se hace adulador, creyendo detener la próxima ruina con esplendor y lujo, y entonces olvidando la creacion y el estudio, busca el efecto en la riqueza de las materias que emplea. Por eso en la época del bajo imperio, al paso que la escultura decae rápidamente, se procuran hacer los bustos de ricos mármoles ó preciosos metales, y los mosaicos se forman con perlas y piedras extrañas, que á pesar de su brillo deslumbrador, no bastan á suplir la verdad del dibujo, la brillantez del colorido, la ausencia del arte en una palabra.

El último sol de Roma se marca en el cuadrante de la eternidad; y al avanzar como nube impetuosa los incultos guerreros del Norte, vuelcan el trono vacilante que se alzaba en el misterioso Capitolio, y con él acaban de echar por tierra el coloso de la civilizacion romana, dando el golpe de gracia al arte agonizante. Sus últimos destellos antes de morir en Italia reflejan en la capital del nuevo imperio; y como hijo abandonado de su padre se alza en Bizancio un arte nuevo que guarda sin embargo recuerdos de aquel á quien debiera la existencia.

En la general ruina, el mosaico, una de las mas importantes manifestaciones del arte, desaparece de Italia, y así es que en el año 1066, Desiderio, abad del monasterio Casiniense, deseando pavimentar de mosaico una iglesia, tuvo que buscar en Constantinopla artistas que á lo menos conociesen el procedimiento para llevarle á cabo, con los cuales hizo se instruyesen algunos jóvenes del monasterio, á fin de que volviese á generalizarse el precioso y perdido trabajo que despues del renacimiento de las letras y las artes en Europa alcanzó un alto puesto bajo la proteccion de ilustrados pontífices.

Si tal importancia tuvieron siempre los mosaicos, podrá mirarse con indiferencia el magnífico resto de uno de ellos que quizá desaparezca en breve? Delito seria pasar delante de él desapercibidos. Por eso hemos tomado la pluma, y por eso no la dejaremos hasta haber hecho su cabal descripcion, y presentado nuestras congeturas sobre su origen y destino.

(Se concluirá en el próximo número).

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL SOMBRERO.

Los objetos empleados para cubrirse la cabeza han variado tanto en su forma como en su material, de un modo mucho mas notable que cualquier otro objeto de nuestro traje. No hay duda alguna de que esto debemos atribuirlo en parte á las necesidades de los climas, pero es preciso convenir en que consiste aun mas en las modas y en los hábitos inveterados que en ninguna otra causa. Además de esto, la influencia de las diferencias del gusto nacional ó individual y la costumbre que ambos sexos han seguido en todas partes de usar objetos peculiares y distintos para cubrirse la cabeza, han conducido naturalmente á variaciones adicionales en este artículo de nuestro traje.

Los primeros pueblos que conocemos históricamente, los habitantes de países templados del Asia ó del Africa llevaban la cabeza cubierta con telas ó cosas muy ligeras. En los tiempos patriarcales el tocado comun de los judíos consistia en un paño de lino ó de otra tela ligera, que daba vueltas alrededor de sus sienas; este tocado en el trascurso del tiempo se cambió en el elegante turbante que se usa hoy en el Oriente. En el Egipto y en la Arabia se usaban comunmente gorros de lino, de algodón, de paja, de corteza de árbol y de cuero, en general de una forma elevada y puntiaguda. La variedad de adornos de cabeza que usaban las mujeres del Egipto era muy grande, como nos lo demuestran algunos restos de esculturas antiguas del país. La moda que dominaba entre ellas era la de sujetarse el cabello con una cinta sencilla, despues de formar con él una porcion de rizos pendientes

alrededor de la cabeza. En otros casos vemos una especie de plumero alto que coronaba el adorno de la cabeza de las mujeres egipcias de alto rango. El pelo postizo y las pelucas se usaron primeramente en Egipto y un ejemplar de peluca de una señora egipcia, que es de un tamaño desmesurado, constituye una de las mayores curiosidades del Museo Británico. Es incomprendible cómo los antiguos egipcios en su clima cálido pueden haber adoptado este adorno de mal gusto tan pesado como sofocante.

Nosotros estamos mucho mas familiarizados con el casco guerrero de los griegos y de los romanos que con los demás artículos de esta clase que usaban; pero en realidad el punto no es de mucho interés, pues todo lo que puede decirse respecto á esto, es que ambos pueblos acostumbraban á llevar una gran variedad de gorros, en general muy ajustados á la cabeza y hechos de lino, algodón ó cuero. Del mismo modo que sus cascos, estos gorros terminaban en punta la cual se inclinaba hácia delante formando una curva ó bajaba por detrás; esta forma era casi lo mismo entre los griegos que entre los romanos. Las mujeres de estas dos naciones usaban un adorno mucho mas esmerado en su tocado. Era muy raro que tuviesen un gorro ó adorno completo de cabeza de cualquier clase, sino que para salir á la calle se echaban por la cabeza un chal ó velo que llevaban suelto; su atencion se dirigia especialmente al adorno de sus cabellos y las tiaras ó diademas en forma de media luna, las guirnaldas de flores artificiales, las trenzas, las sargas ó hilos de piedras preciosas, los alfileres y otros artículos semejantes se usaban entre ellas; además rizaban con gran cuidado sus cabellos, teniendo hierros para este objeto. La manera de disponer sus rizos parece haber variado muchas veces y de un modo muy diverso. En un principio las señoras griegas dividian simplemente su cabello en la frente formando rizos iguales que pendian alrededor de la cabeza; pero despues llegó á ser costumbre el atarle detrás formando un moño. Ovidio recomendaba á sus compatriotas este peinado que realzaba sus encantos.

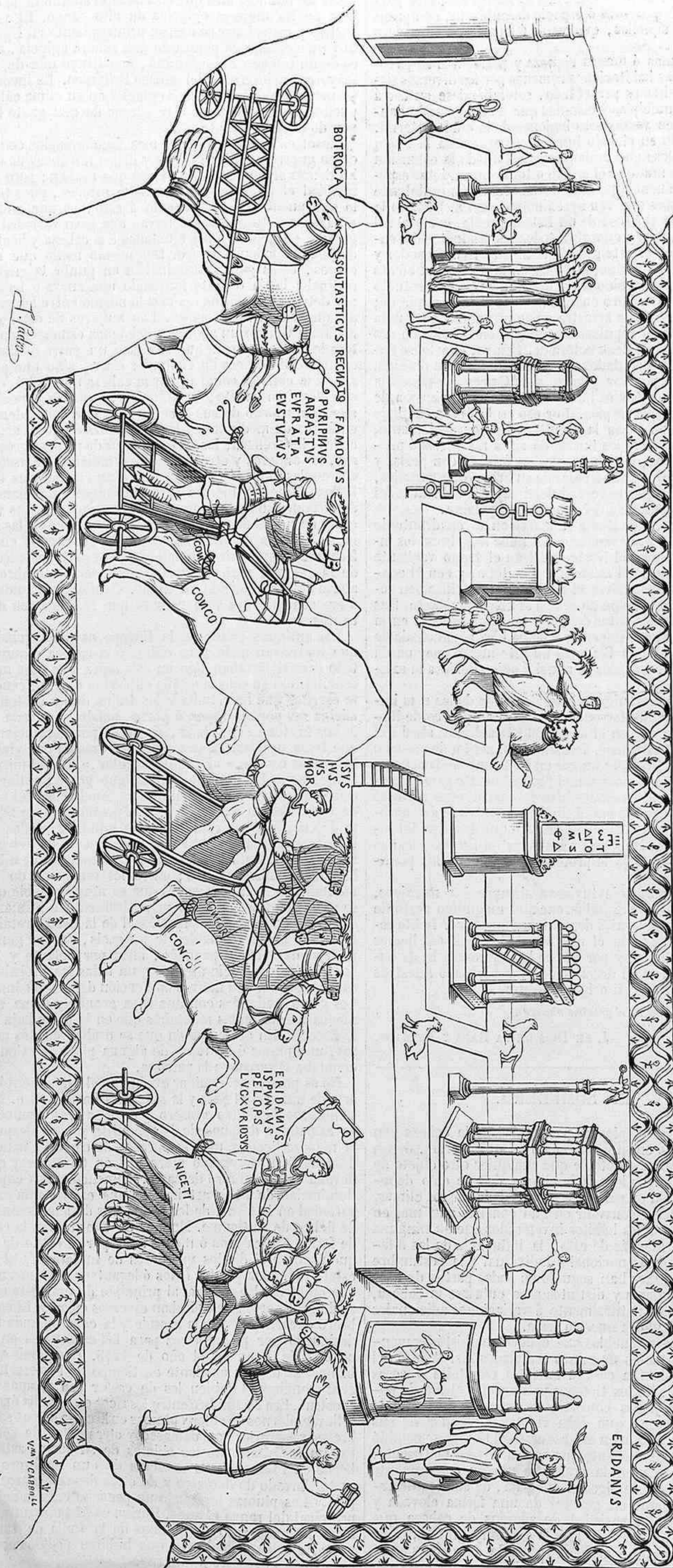
Los antiguos celtas de la Europa es muy probable que no usaran nada para cubrirse la cabeza ó que en todo caso si llevaban algo en ella fuera una cosa muy sencilla. «Si su cabeza estaba cubierta» dice un erudito escritor que ha estudiado los trajes de los bretones, «debía ser por el *cappan* ó gorro, palabra derivada de la voz bretona *cap*, choza, sin duda por la semejanza que tenia su forma cónica con las chozas en que vivian los que le usaban.» «Es muy singular,» dice el mismo autor, «que la forma de este antiguo gorro puntiagudo se conserve en el día en que los muchachos del país de Gales llaman *cappan cynnyll* ó sombrero de figura de cuerno, que está hecho de mimbres atados en la copa y formando por abajo una especie de trenza.» En Escocia los niños hacen tambien sombreros de mimbres de la misma forma; entre los escoceses de las montañas se ven hoy gorros que es muy probable que se asemejen á los que usó primitivamente á lo menos el pueblo de la parte septentrional de la Gran Bretaña. Estos son los gorros azules de los gaels, que en general son de tamaño pequeño, altos por delante y un poco inclinados hácia atrás; segun todas las probabilidades, esto es, una mera modificacion del gorro cónico. Los gorros redondos con una copa grande y plana son menos usados en las montañas que en la parte baja de la Escocia. En el tiempo en que se usaban ciertas gorras, una pluma ó un ramo de alguna planta particular denotaba el rango de la persona.

No es posible determinar quién fue el que inventó el arte de unir así el pelo y la lana para hacer fieltro. Los sombreros de fieltro grosero y de lana eran comunes en Inglaterra despues de la conquista y poco despues la nobleza llegó á usar sombreros de castor. Chaucer describe á su peregrino mercantil en Cantorbery que llevaba «un sombrero de castor flamenco.» Las copias iluminadas de Froissart indican que existia una gran variedad en la forma de los sombreros de lana comun ó de fieltro de su tiempo. Muchos de ellos tenían la copa de forma cónica mas ó menos alta, por el estilo de los que usan en el día los molineros de Inglaterra; el ala estaba arrollada por los lados ó levantada, en unos mas que en otros. En general al principio de usar esta clase de sombreros se empleaban diversos colores. El sombrero encarnado con ala grande y la copa redonda fue designado por primera vez para los cardenales en el concilio de Lyon en el año de 1245. Los sombreros blancos se usaban en Gante en tiempo de Froissart, el cual menciona tambien los de castor con plumas de avestruz. Era costumbre entre los ricos en aquella época el llevar adornos de valor y plumas en la cinta de sus sombreros y forrarlos con damasco y otras telas de seda. En un inventario de los objetos de sir Juan Fastolfe hecho en 1459 se hace mencion de «un sombrero de castor forrado de damasco y de otros dos sombreros de paja.» Las plumas formando un penacho eran la señal principal del rango elevado. Enrique VIII tenia un plumero formado por ocho plumas de la India de tanto valor, que se consideraba que hubiera podido servir para pagar el rescate de un rey.

Seria difícil describir minuciosamente las formas peculiares de los sombreros de moda en los diferentes

(1) El célebre jesuita Kirker trae su dibujo en las *Antigüedades del Lazio*.

MOSAICO DEL BAJO IMPERIO, DESCUBIERTO EN LAS RUINAS DEL PALAU DE BARCELONA. (DEL ALBUM DE S. M. LA REINA, REGALADO POR EL SEÑOR PEÑALVER, REGENTE DE LA AUDIENCIA DE BARCELONA.)



tiempos ya pasados. Parte de esto podemos conocerlo por la descripción siguiente de las variedades que se usaban á la vez en el año 1585, según un libro de la época que dice: «En otro tiempo los usaban estrechos por la copa, terminados en punta como la cúpula de un campanario, y con una cuarta de elevación por encima de la cabeza, algunos más, otros menos según su capricho; algunos otros son chatos y anchos por abajo como las almenas de un castillo. Hay otra clase que tienen la copa redonda, unos con una cinta otros con otra, unos negros, otros blancos, otros pardos, otros encarnados, otros verdes, otros amarillos, ahora de esta especie, luego de la otra, nadie está contento con un color ó una moda al cabo de dos días; y como las modas son raras y extravagantes, del mismo modo la materia de ellos es diversa; unos son de seda, otros de terciopelo, otros de tafetan, otros de lana, y lo que es más curioso, otros de cierta clase de pelo fino; á estos los llaman sombreros de castor; son de mucho precio y los traen de muy lejos, de donde traen además gran número de cosas vanas, y es tan común que todo hombre debe llevar un sombrero de esta clase; para él no hay estimación ni aprecio entre los hombres si no lleva un sombrero de tafetan ó de terciopelo y perfectamente cortado de la mejor forma.»

Los retratos que existen de personajes del siglo XVI demuestran cuán aplicable es la descripción que acabamos de citar á los sombreros de este tiempo. El retrato del regente Morton le presenta con un sombrero alto de copa, estrecho de ala y de una forma piramidal. En el siglo XVI las alas anchas se hicieron de moda, y continuaron así durante mucho tiempo.

No es posible fijar con seguridad la época en que empezaron á usarse en España; sin embargo, puede decirse que se generalizaron mucho á mediados del siglo XVII, aunque hacia largo tiempo que ya se usaban. Parece que la forma que predominó más en un principio, fue la de los sombreros de ala ancha con plumas, adornos y broches en las personas de rango elevado y sencillos en las demás; parece también que era frecuente entre los nobles y los militares el llevar el ala levantada por delante, y cogida con una presilla más ó menos lujosa, según la clase ó posición del individuo; en general la gente de clase inferior era la que llevaba el ala más ancha.

Posteriormente empezaron á usarse los sombreros con las alas arrolladas, pero hubo dos clases que las conservaron anchas y horizontales; estas dos clases fueron los sacerdotes y los cuakeros; hemos dicho que los cardenales usaron por primera vez el sombrero encarnado en 1245, y es probable que el clero adoptase esta misma forma por seguir el ejemplo de sus preladados. El uso de los sombreros de teja en los sacerdotes españoles, es relativamente moderno, y debe provenir sin duda alguna de que los inconvenientes que presentaba un ala tan ancha y horizontal, hicieron necesario el arrollarla. Los cuakeros parecen haber adoptado por casualidad sus sombreros de ala ancha; pues cuando tuvo principio su secta era común esta forma de sombreros, y el continuar llevándolos así, consiste en que desdennan el seguir los cambios de la moda, y no en que tengan una veneración particular á los sombreros de ala ancha.

La introducción de los sombreros que usamos hoy, tuvo lugar en los últimos diez años del siglo pasado. Desde entonces el ala ha variado constantemente, siendo unas veces ancha y recta, otras estrecha y arrollada; la copa también ha sufrido modificaciones, pero tanto una como otra no han experimentado alteraciones mucho más notables que las que podemos recordar que se han sucedido en los últimos diez ó doce años.

Sería imposible enumerar la variedad de los sombreros de las distintas clases y aun países; sombreros de tres picos, sombreros calañeses, gachos, hongos, etcétera, etcétera; pero como todos ellos son una alteración mayor ó menor del sombrero primitivo y genérico, por decirlo así, no entramos en detalles que serían á veces difíciles y tal vez pesados.

Si de la Europa pasamos á países distantes, hallaremos una gran variedad en la forma de los objetos que usan para cubrirse la cabeza. La mayor parte de los mahometanos del Asia llevan turbantes hechos de ricas telas delicadamente teñidas. Los persas sin embargo, son una excepción notable de esto, pues llevan un gorro de lana ó de piel con la copa encarnada, y de esto viene el epíteto de *Kuzzilbash* ó cabeza encarnada, por el que se los distingue algunas veces.

Los chinos usan en general unos sombreros de paja, de ala ancha, recta y circular, en los que el hueco para meter la cabeza es muy pequeño y puntiagudo. Muchos de los naturales de las islas de Asia, usan chaques para cubrirse la cabeza; otros llevan pequeños gorros de lana. Los rusos y otros pueblos del Norte, usan casi en general pieles de animales para el mismo objeto. De todos estos objetos para la cabeza, el turbante es acaso el más elegante y el que sienta mejor.

El referir los cambios de la moda en los adornos de la cabeza de las mujeres, desde el principio de la civilización moderna hasta ahora, sería una tarea difícil. Parece sin embargo, que en un principio llevaban una especie de toca más ó menos lujosa, según la clase de la mujer que la llevaba; este tocado fue modificándose

sucesivamente hasta llegar á ser una cosa distinta en un todo de lo que habia sido en su origen. El clima, la gerarquía social y hasta la nacion ó país á que pertenecía cada mujer, han contribuido poderosamente á establecer ciertas diferencias. En algunos puntos se ven aun en las mujeres del pueblo, ciertos tocados que se conservan desde hace siglos, sin haber perdido ni aun alterado su forma. El sombrero en las señoras es una importacion francesa, que data de principios de este siglo. La mantilla es antigua en España; aunque algo distinta de lo que es ahora, parece que se usaba ya en el siglo XVII, pero no es posible determinar la época en que empezó á llevarse.

La palabra sombrero en castellano, parece venir de sombra, es decir, cosa que da sombra; en otros idiomas, significa una cosa ú objeto que cubre la cabeza; en angló-sajon, la palabra *haet* ó *hoet*, sombrero, significa cobertor de la cabeza. En alemán la palabra *hut*, sombrero, tiene grande analogía con *hüt'e*, choza; esta analogía, que mas bien es derivacion, parece indicar una especie de semejanza entre ambos objetos, pudiendo decirse de esto lo que hemos dicho arriba con respecto al *cappan* ó gorro breton.

A.



DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

nizzetti, Rossini, Pacini y los demás maestros compositores de óperas en que hay grandes dificultades de ejecución, hayan quedado si no olvidados del todo en los repertorios italianos, porque esto es imposible, á lo menos figurando en dichos repertorios en una muy pequeña proporción al lado de Verdi.

Dadas semejantes condiciones, no es extraño que las óperas de Bellini no alcancen hoy por desgracia la perfecta é igual ejecución que en otros tiempos lograban.

Y dicho todo lo anterior que nos ha parecido necesario para hablar del éxito alcanzado en el Teatro Real por la bellísima ópera *I Puritani*, entremos en materia.

La señora Lagrange, escepcion honrosa de los cantantes á quienes hemos aludido, tiene una garganta flexible y educada para superar toda clase de dificultades en el canto.

Esto en cuanto á la parte material de ejecución.

En cuanto á sus facultades naturales, su voz, aun cuando se va cansando un poco, posee aun la bastante fuerza y sonoridad para hacer los mas atrevidos alardes, sobre todo cuando estos no pasan de los límites que les marcan aquellas mismas facultades.

El sentimentalismo y la pasión que son cua-

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL.—LOS PURITANOS: RIGOLETTO.—DEBUT DEL BARÍTONO ESPAÑOL PADILLA: DATOS BIOGRÁFICOS.—LOS TITANES, DE ROSSINI: DETALLES ÍNTIMOS.—POST-SCRIPTUM.

Las dos óperas cantadas en el Teatro Real por primera vez en la presente temporada, desde que escribimos nuestra anterior revista, han sido los *Puritanos* y *Rigolletto*.

La primera se puso en escena la noche del 18 de enero, llevando ya bastantes representaciones, y la segunda la del 30, habiendo servido para que nuestro compatriota el barítono Padilla se presentara al público de Madrid.

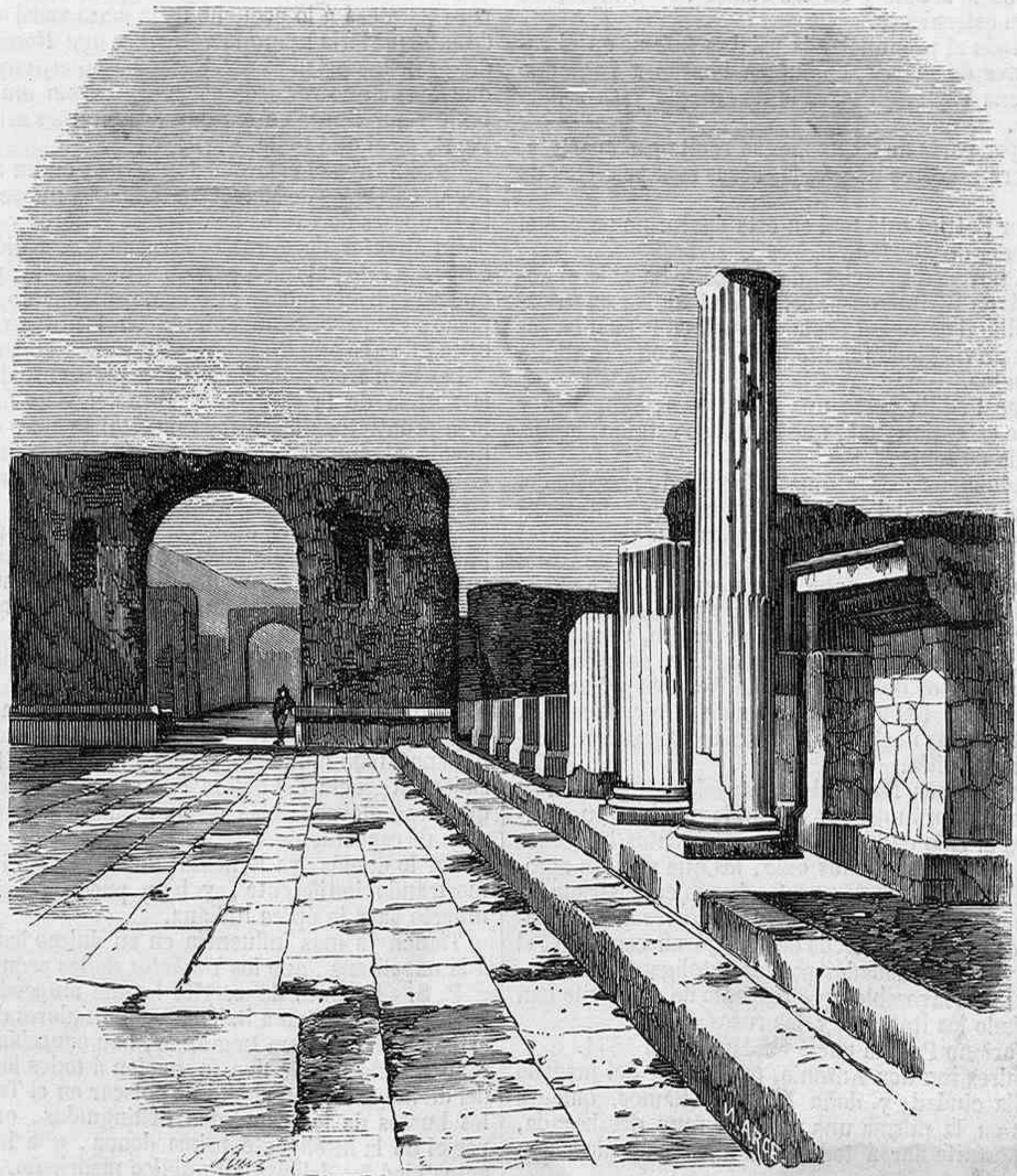
Pero no invirtamos el orden de nuestra narracion. Cuantas noches se han cantado los *Puritanos*, se han visto ocupadas todas las localidades del elegante coliseo de Oriente, por una concurrencia tan distinguida como la que allí siempre asiste, atraída por el deseo de oír las tiernas é inimitables melodías en que tanto abunda el bello *spartito* del cisne italiano, que es acaso el mas inspirado y sin duda el mas romántico de todos los que han brotado de su pluma.

Oyendo música de Bellini, no se comprende cómo gusta tanto la de Verdi.

Solo una razon puede existir para ello. Cuando Bellini escribía, los que se dedicaban á la carrera de la ópera italiana, sabian que les era preciso saber ejecutar con toda perfeccion por lo menos una *escala*, porque la música de este autor, como la de Rossini, Pacini y Mercadante, que eran los que con algun otro se disputaban entonces el monopolio del teatro lírico europeo, exigía grande agilidad de garganta, gran maestría en todo género de *floriture*.

Vino Verdi con su canto declamado y de *slanzio* para el cual solo basta saber emitir la voz y dar notas sueltas y de fuerza; y los cantantes adquirieron una educacion musical muy corta, siéndoles suficiente la posesion de un órgano poderoso é incansable.

¿Qué sucedió con esto? Que los cantantes, viendo las ventajas que la nueva música les ofrecía, porque con ella podían lanzarse antes al teatro, no se cuidaban ni se cuidan, por lo general, de aprender en toda regla, cuanto es necesario para interpretar bien una ópera, y de ahí que Bellini, Do-



UNA CALLE EN POMPEYA.

lidad ingénita en la señora Lagrange, completan en union de su bella y elegante figura, de su espresiva fisonomía, su privilegiado ser para la escena lírica italiana. De los demás cantantes que han tomado parte en los *Puritanos* nada bueno podemos decir y por lo tanto no citaremos sus nombres.

Rigoletto, cuyo libreto está tomado del terrible drama de Víctor Hugo *Le roi s'amuse*, es segun algunos la mejor ópera de Verdi.

Nosotros no podemos concederla tal supremacía, cuando existen una *Luisa Miller*, un *Trovador*, una *Traviatta*, del mismo fecundo é inagotable autor.

Rigoletto tiene bellezas de primer orden, como son el cuarteto del cuarto acto, la romanza de tiple del primero y el duo de tiple y tenor del mismo; pero abundan los recitados, demasiado largos alguna vez y que destruyen el buen efecto escénico.

Aunque no pecamos de timoratos, nos es forzoso confesar que el argumento de *Rigoletto* tiene mucho de repugnante é inmoral.

Nos creemos dispensados de dar aquí una idea del mismo, porque estamos seguros de que todos nuestros lectores le conocen.

Nos limitaremos, por lo tanto, á hablar de la ejecucion que ha alcanzado.

La parte de *Gilda* es uno de los mas bellos triunfos de la señora Lagrange.

La inspirada romanza del primer acto y el cuarteto son las dos piezas en que mas luce esta artista los maravillosos recursos de su talento.

Alternan en la primera las escalas de todas clases, ligadas y picadas, naturales y cromáticas y los pasajes mas delicados de ejecucion y agilidad, los cuales se duda si son producidos por una voz humana, por una flauta, ó por un violin.

Introduce la señora Lagrange unas cuantas notas, que son una cromática, seguidas de un *portamento* y una *volata*, que mas bien parecen efecto de las cuerdas y el arco de un Bazzini.

Hay profesores de Madrid que opinan que la señora Lagrange es ventrilocua; pero sea lo que quiera, lo cierto es que canta de un modo admirable y que el público pide todas las noches la repetición de tan sublime trozo de música, en medio de los mas estruendosos aplausos, y que los ramos y las coronas caen como una lluvia á los pies de la señora Lagrange.

Cuando en el cuarteto canta los versos que dicen:

«Ah così parlar d' amore
A me pur l' infame ho udito
Infelice cor tradito
Per angoscia non scoppiar.»

se sobrecoge el que oye aquellas notas salidas del fondo del alma de la artista y en las cuales hay vibraciones que hacen estremecer.

Sobre todo al pronunciar la palabra *infame* en el registro grave de su voz, comunica la señora Lagrange al canto una espresion terrible de energía y de sed de venganza.

La mayor parte de las noches se repite ese cuarteto, que es para nosotros una de las obras mas perfectas de Verdi.

El señor Bettini está mal en esta ópera: no parece el mismo tenor de *Martha*.

Perola novedad principal de *Rigoletto* ha sido el debut del jóven barítono español señor Padilla, encargado de la difícil parte del protagonista, en la cual ha revelado su privilegiado talento artístico, como cantante y como actor.

El señor Padilla posee una voz fresca, simpática y de grande estension; tal, que con poco estudio, lograria hacerla de tenor.

La modula con extraordinaria facilidad, pasando del modo mas natural del canto de fuerza al de sentimiento y *spianatto*. Las transiciones repentinas de su papel de bufon de la corte del duque de Mantua, al de padre herido en lo que mas amaba, son ejecutadas por el señor Padilla de un modo admirable; y lo mismo sus actitudes, que su gesticulacion, que el canto, unas veces burlesco; otras terriblemente dramático, revelan ya á un futuro sucesor de las glorias de Ronconi y Varesse.

El numeroso público, que acude á oír *Rigoletto*, aplaude todas las noches con justicia y llama á la escena al señor Padilla.

Su genio y sus facultades naturales, unidos á su amor al arte, harán que no tardando mucho, su nombre figure al lado del de estos dos eminentes barítonos que son de cuantos hemos oído, los que mas se aproximan al modo de ser de nuestro bravo compatriota.

Creemos que los lectores de El Museo verán con gusto algunos datos biográficos de este jóven cantante, el cual ha visto sancionados por los inteligentes madrileños los fallos favorables que respecto de su mérito han pronunciado los italianos y los rusos.

Don Mariano Padilla nació en Murcia en 1834. Sus padres son don Antonio, procurador del juzgado de aquella ciudad, y doña Manuela Ramos, quienes disfrutaban en la misma una posición muy desahogada, que les permite dar á todos sus hijos una educación distinguida.

Al mismo tiempo que el jóven artista cursaba la filo-

sofia en aquel instituto, estudiaba los rudimentos del canto; y habiendo venido á la corte para empezar la carrera de jurisprudencia, ingresó en el conservatorio de música y declamacion, donde permaneció poco tiempo, si bien en unos ejercicios públicos del establecimiento, dió una muestra de sus bellas esperanzas, cantando entre otras cosas, la romanza de *Il Furioso*.

Por entonces se hallaba en Madrid el célebre barítono Beneventano, el cual se encargó de la educación del jóven Padilla; y por sus indicaciones y consejos, pasó á Italia en su compañía y se estableció en Florencia.

Allí bajo la dirección de los profesores Teodoro Mabbellini y Sebastian Ronconi, se perfeccionaron las facultades de nuestro paisano, quien dió patentes pruebas de sus adelantos, tomando parte en los conciertos que en 1837 ofreció aquel municipio á Su Santidad Pio IX.

Contratado inmediatamente despues, empezó su carrera artística en el mismo teatro de Florencia, cuna de sus triunfos, y despues ha cantado siempre con aplauso en los de Turin, Messina, Odessa y la Scala de Milan, su inmenso repertorio de cuarenta y dos óperas.

De regreso á España, deseó que sus compatriotas le juzgasen; y al electo, logró que Mr. Bagier, empresario del Teatro Real, le diera por via de prueba el protagonista de *Rigoletto*, en el cual, tan brillante éxito ha alcanzado.

Nos felicitamos, porque como buenos españoles, somos entusiastas admiradores de las glorias de nuestro país; y felicitamos tambien al señor Bagier, porque accediendo á los deseos unánimes del público y de la prensa, ha contratado al jóven Padilla para lo que resta de temporada y para toda la próxima.

Aquellos de nuestros lectores que no le hayan oído, deben procurar hacerlo, en la seguridad de que admirarán, como nosotros admiramos, las dotes artísticas que como cantante y como actor tiene el señor Padilla.

El inmortal Rossini, que no se ocupa hoy en otra cosa que en las combinaciones que pueden producir un manjar bien condimentado, pasa su vida en París y en Passy, sin querer acordarse apenas para nada de la música.

Sus constantes apasionados, que trataron de ver si le despertaban de su letargo y le conducian de nuevo al centro de sus triunfos, se valieron de un obra suya inédita, titulada *Los Titanes*, escrita para cuatro voces, que anunciaron á son de bombo y platillos con seis meses de antelacion el dia en que debió cantarse.

El autor del *Barbero* no se conmovió, y continuó entregado en cuerpo y alma á los placeres de la gastronomía.

La nueva obra del fecundo maestro no alcanzó el éxito que se esperaba, á pesar de haber estado confiado su desempeño á las cuatro mas poderosas voces de Francia, congregadas al efecto en París.

Y sin embargo se atribuyó el poco efecto obtenido por esta pieza á lo pequeño de la masa vocal encargada de interpretarla; pero la verdad es que Rossini nunca dió gran importancia á esta composicion, cuyo origen, que nos ha sido revelado por una persona muy competente y que figura en los elevados círculos artísticos de París, es el que sigue.

Rossini tuvo el capricho de escribir en un album sobre unos versos de Metastasio setenta y nueve ú ochenta compases de cantos de diversos géneros y estilos.

Un director de orquesta llamado G... pidió al autor de *Otello* este capricho para instrumentarlo; y Rossini, que no le habia puesto otro acompañamiento que el de piano, no tuvo inconveniente en facilitar el manuscrito, á cuyo empleo ulterior fue perfectamente ageno.

Las cien trompetas de la fama parisiense divulgaron la noticia de la estupenda obra del viejo maestro, y bien pronto toda la Europa musical se puso en movimiento al anuncio de que Rossini habia intercalado entre sus timbales de macarrones unos cuantos motivos producidos por su prodigioso genio.

Por lo mismo, el desencanto fue mayor cuando el público juzgó la pretendida maravilla; y la crítica, tan severa de ordinario, no mordió al ilustre autor, por respeto á su nombre y á sus canas, pero se limitó á consignar que *Los Titanes* no tenían nada de *titánico* y que no correspondían á las esperanzas que hicieran concebir.

Pero como luego se supo que todo habia sido una estratagema para galvanizar al Nestor del teatro lírico italiano, todo el mundo perdonó lo flojo de la composicion en gracia del objeto que se propusieron los que quisieron elevar la hoja de un album á la categoría de obra de espectáculo.

Por lo demás, ya lo hemos dicho. Rossini se sigue mostrando indiferente, y bien puede considerarse muerto para la ópera italiana.

Tienen ya mas influencia en su ánimo los *timbales* á la napolitana, que los *timbales* de las orquestas.

P. S. Despues de escrito lo que antecede, varios aficionados á la ópera italiana y admiradores del talento artístico de la señora Lagrange, han concebido el pensamiento de dirigir una invitacion á todos los amantes del divino arte, con objeto de colocar en el Teatro Real los bustos de los cantantes distinguidos, empezando por el de la inteligente prima donna, que hace en la actualidad las delicias del público madrileño.

Entre los firmantes de esa invitacion que ha circula-

do profusamente, figura el humilde nombre del autor de esta revista.

F. O.

LA CALLE DE LA TRAICION.

(TRADICION POPULAR.)

(CONCLUSION.)

II.

Pocas horas despues de concluido el torneo, doña Estrella de Meneses se hallaba en la antecámara del rey don Jaime, sentada en un sillón lujoso cual convenia á una morada como aquella.

A su lado de pié se encontraba un hombre en traje de corte y con la cabeza descubierta.

Era don Guillen de Moncada.

—Doña Estrella, decia el poco antes vencido caballero, quisiera hablaros si es que teneis la bondad de escucharme.

—Don Guillen, tendré á gran honra oiros, le contestó la hermosa jóven.

—Gracias, doña Estrella; en pocas palabras voy á esplicarme. El ejercicio de la guerra á que me he dedicado toda mi vida, no me ha dejado tiempo para aprender el lenguaje de la corte; así me habreis de perdonar si es que acaso os ofende mi militar franqueza.

—Caballero, yo nada tengo que perdonaros; pero no adivino qué es lo que podeis tener que tratar conmigo, pobre huérfana, recogida en palacio por la bondad del rey, vos que sois uno de los primeros y mas nobles magnates de la corona de Aragon.

—Doña Estrella, ni las riquezas ni los honores dan la felicidad y eso es lo que busco; doña Estrella yo os adoro como nadie puede adoraros, como yo mismo no me creia hace algun tiempo capaz de amar.

—¡Don Guillen!

—Sí, Estrella, yo tengo mi vida pendiente de vuestros labios. Decid que me amais, y mañana siendo mi esposa sereis la mujer mas rica y poderosa de Aragon, Valencia y Cataluña.

—Don Guillen, vos lo habeis dicho, le replicó con dulzura la jóven, las riquezas y los honores no dan la felicidad.

—¡Cómo!

—Sí, yo os agradezco en el alma la distincion que me habeis hecho fijándoos en mí, pero la gratitud don Guillen no es amor y...

—Y vos no me amais.

Dijo el caballero concluyendo la frase con una amargura indefinible y que tenia al mismo tiempo algo de amenaza.

—Mucho efecto os ha hecho el combate de esta tarde.

Prosiguió don Guillen con sarcasmo.

—¡Don Guillen! Le interrumpió la jóven con dignidad y energía.

—Sí, ¿á qué negarlo? replicó el caballero. Amais á otro.

—Aun en ese caso, ignoró con qué derecho me pediriais cuenta de mis acciones.

—¿Con qué derecho? dijo don Guillen lanzando rayos por sus ojos. Es verdad, no tengo ninguno. Habia olvidado que el amor no es un derecho.

—Ni sirve de excusa tampoco para que un caballero se propase con una señora.

—Es cierto. Hacedis bien en recordármelo. No solo debia sufrir vuestro desprecio, sino que me esperaba recibir esta leccion que quiero pagaros, suplicándoos á mi vez no echeis en olvido que aquí lo puedo todo.

—¿Amenazas á mí? dijo con orgullo doña Estrella.

—Un recuerdo no es una amenaza. Adios.

Y diciendo estas palabras salió de la estancia don Guillen de Moncada lanzando á la jóven por despedida una de esas miradas que envuelven en sí solas una promesa de venganza.

Doña Estrella quedó sola y pensativa algunos momentos, ocupada en su imaginacion en el extraño diálogo que acababa de sostener. La jóven sentia en su alma un temor secreto é inesplicable, pues viviendo en la corte hacia mucho tiempo conocia á don Guillen de Moncada, y sabia que aunque noble y caballero se dejaba llevar frecuentemente de la cólera y en los momentos en que esta le dominaba era capaz de todo por satisfacer sus instintos.

Mientras que doña Estrella combatia en su interior con sus pensamientos, bueno será que nos ocupemos algo en averiguar su origen y circunstancias.

Don Lope de Meneses, caballero aragonés, noble como pocos y valiente como ninguno, no poseia sin embargo de tan apreciables dotes mas bienes que su espada ni mas fortuna que su hija, pues su esposa habia fallecido al dar á luz á doña Estrella.

Don Lope siguió al rey don Jaime en todas sus campañas, muriendo en una batalla, en la que su ardimiento le distinguió notablemente entre los campeones.

Con esta muerte, doña Estrella que no tenia mas parientes hubiera quedado abandonada á no ser por la inagotable generosidad del monarca Conquistador, el cual agradecido á los buenos servicios de su padre, la hizo conducir á su palacio, colocándola entre la servi-

dumbre de la reina á la que no abandonó desde entonces.

Doña Estrella que habia sido educada modestamente segun convenia á los escasos medios de su padre, vió al presentarse en palacio, dos años antes del en que nuestra relacion comienza, abrirse á su vista un mundo para ella desconocido.

Su hermosura llamó desde luego la atencion de aquella córte, mas habituada á las costumbres de campamento que á las galanterías de los salones y no habia paje ni caballero que no adornara su traje con los colores de la hermosa jóven.

Pero el que entre todos se distinguió por sus galanterías fue don Gaston de Silva, jóven muy querido del rey á cuyo cargo estaba desde pequeño.

La bizarra apostura del jóven y su comedimiento y gentileza lograron fijar la atencion de doña Estrella, de modo que desde entonces no paró siquiera la atencion en las galanterías de los demás cortesanos que al fin cansados de suspirar en balde, fueron abandonando el campo, bien que sin sospechar siquiera que don Gaston de Silva hubiese obtenido una fortuna que ellos tanto habian ambicionado. Gaston y Estrella se amaron y se confesaron mutuamente su amor sin rodeos ni dificultades, conviniendo en pedir al rey permiso para enlazarse en la ocasion mas oportuna.

Don Guillen de Moncada amó tambien á Estrella, bien que no manifestara su afecto por las esterioridades que habian hecho patente el de todos los cortesanos.

Don Guillen tenia un carácter orgulloso en demasía; temia verse derrotado y si ahora se habia decidido á hacer esta declaracion á doña Estrella, es porque habiendo observado en la tarde el interés que esta se tomaba por Gaston, temió que pudiera amarle y quiso ver si aun era tiempo de presentar su demanda y salir airoso.

Ya hemos visto que el noble catalan, era desgraciado en sus amores y le hemos visto tambien salir de palacio para dirigirse á su casa rabiando de humillacion y de coraje.

Don Guillen en vista de las contestaciones de la jóven no dudaba de que tenia un rival afortunado y que este no era otro que su dichoso vencedor de por la tarde, cuya doble victoria incitaba mas y mas su ánimo á tomar venganza de las que él creia dos injurias mortales y sangrientas.

III.

En tanto que el desairado caballero marchaba hácia su casa, don Gaston entraba en la habitacion donde poco antes hemos visto á Estrella, la cual continuaba sentada en el sillón que ocupaba al oír la declaracion de don Guillen de Moncada.

El traje de don Gaston habia variado completamente, su fuerte malla habia hecho lugar á un justillo de delicada seda que dibujaba perfectamente la flexibilidad de su talle; sus botas de combate habian desaparecido y en la mano traia una graciosa gorrilla como las que entonces se usaban en vez del acerado casco que por la tarde cubria su cabeza ahora peinada y perfumada con el mayor esmero. Su mano izquierda se apoyaba indolentemente sobre una ligera espada de corte, que habia sustituido al pesado espadon de combate y su mirar era dulce y amoroso, cuanto antes fiero y atrevido.

—¡Gaston!

—¡Estrella mia! dijo el jóven estrechando la mano de su amada entre las suyas y estampando en ella un ardiente beso.

—Vengo saltando de gozo.

—¿Qué sucede?

—Acabo de pedir al rey tu mano.

—¿Mi mano?

—Que el rey me ha concedido juntamente con el nombramiento de capitán.

—¿Es cierto Gaston?

—¿Y lo dudas?

—Siempre duda de la dicha el que nace desgraciado.

—Pues por ahora Estrella, nuestra ventura es cierta, don Jaime lo ha prometido y ya sabes que las promesas del rey nunca quedan en promesas.

—¡Ah! mi corazón no puede contener el gozo que le inunda.

—¿Es cierto? repítelo ángel mio, repite esas palabras que tan feliz me hacen.

—¿Qué podré decir que no te haya dicho ya cien veces? Gaston te amo, hé aquí todo lo que sé decirte.

—Gracias, gracias.

Repetía el caballero cubriendo de besos la mano que la bella habia dejado abandonada entre las suyas.

—¿Y tú, Gaston me amarás siempre?

—¿Eso preguntas, Estrella? No sabes que no hay en el mundo para mí mas ventura que tu amor? ¿No sabes que aun cuando tú me desdiesas, yo no tendria mas dicha que adorarte como adoramos á Dios, de lejos y sin verle ni conocerle mas que por sus obras?

—¿Qué dichosa soy!

Esclamaba Doña Estrella que habiendo ya olvidado á don Guillen y sus temores con esa facilidad propia de los veinte años, no se cuidaba ahora mas que de la dicha inmensa que gozaba y que rebosando por sus ojos, realizaba mas todavia su celestial hermosura.

—Y dime, Gaston, ¿cómo te has atrevido á pedir al rey esa gracia?

—Aproveché la ocasion en que me prodigaba los mayores elogios por mi destreza en el torneo de hoy.

Al recordar la justa de por la tarde la imagen de don Guillen de Moncada cruzó sombría y amenazadora por la mente de Estrella.

—El jóven continuó sin reparar en nada.

—S. A. me otorgó la banda de capitán que colocarán mañana sobre mi pecho en la bendita iglesia de Nuestra Señora de las Virtudes (1).

—¿Mañana?

—Sí, mañana, alma mia. Pero escucha. El rey me dijo que tendria un gran placer en que dicha banda me fuese colocada por la dama que yo eligiera de la córte.

—Entonces...

—Tu nombre se escapó de entre mis labios haciendo enrojecer de amor mis mejillas hasta entonces pálidas de emocion y de alegría. El rey chanceándose conmigo me preguntó si te amaba, á lo cual no pude menos de arrojarle á sus piés y confesarle toda la historia de nuestros amores.

—El rey entonces...

—S. A. tiene un corazón noble y generoso y me concedió tu mano casi sin aguardar á que se la pidiera.

—Dios le colme de dicha y de gloria.

—Sí, Estrella mia, tú rogarás por él al Dios de las victorias y nosotros con nuestro esfuerzo secundaremos tus ruegos hasta lograr que la corona de Aragon sea la mas grande y respetada del mundo.

Al decir Gaston estas palabras estaba radiante de entusiasmo mientras que doña Estrella le escuchaba enagenada de amor y de ventura.

Entonces se presentó un ugiere en la puerta de la estancia, que dirigiéndose á la noble y hermosa dama, la anunció que el rey deseaba hablarla.

Estrella se despidió de Gaston apresuradamente, y mientras que el jóven marchaba á hacer los preparativos para la ceremonia que debia celebrarse al dia siguiente, Estrella tenia con el rey el siguiente diálogo.

—Tengo que pedir un favor, hermosa doña Estrella, decia don Jaime sonriendo bondadosamente.

—Señor V. A. puede mandar como guste.

—Es que no es cosa mia, lo que voy á pedir, sino encargo de uno de mis mas valientes caballeros.

Estrella que empezaba á comprender, bajó la vista avergonzada.

El rey prosiguió:

—¿Tendrais inconveniente en colocar una banda de capitán sobre el pecho de un amigo mio y que creo ha de serlo vuestro tambien?

—¿Señor!

Dijo Estrella sin acertar á concluir la frase.

—Vamos, Estrella, ¿por qué avergonzarse? ¿No soy quien en la tierra ha sustituido á vuestro padre? Lo sé todo, Gaston acaba de decírmelo y le he concedido mi permiso para casarse con vos.

Estrella no podia contestar de gratitud y gozo; pero tomó la mano del rey é hincando en tierra la rodilla la besó respetuosamente regándole al mismo tiempo con una lágrima de agradecimiento.

—Vamos alzad, hermosa niña.

Dijo el bondadoso soberano, uniendo la accion á la palabra.

—¿Qué diantre! Yo no creí que mi noticia os hiciera derramar lágrimas.

—Son de gratitud, señor, son de alegría.

Dijo el jóven con voz entrecortada por la emocion.

—Bien, bien. Tranquilizaos: y quedamos en que mañana colocareis esa banda que yo cuidaré de prevenir, pues quiero regalarla á mi nuevo caballero; y os contentareis con esa ceremonia, hasta que dentro de algunos dias podamos disponer otra que de seguro os será mas agradable.

Y diciendo esto el rey don Jaime alargó su mano á la bella en señal de despedida, la cual estampando en ella un respetuoso beso, salió del aposento para dirigirse á su cuarto, donde pudo libre de testigos dar rienda suelta á su amor, á su esperanza y á su felicidad.

IV.

Al dia siguiente de los sucesos que llevamos referidos, cuando ya don Gaston de Silva habia recibido las insignias de capitán despues de un solemne Te-Deum cantado en el templo de Nuestra señora de las Virtudes, don Guillen de Moncada, que como toda la córte habia asistido á la ceremonia, entró en la cámara del rey, honra á que le daban derecho su antigua nobleza y distinguidos servicios.

—¿Qué me traeis de nuevo don Guillen? Le preguntó don Jaime no bien habia entrado en su cámara.

—Vengo señor á pedir una gracia á V. A.

—¿Una gracia! ¡Ah! ¿quereis que admita en mi servicio á algun protegido vuestro?

—No señor, la gracia que deseo es para mí.

—¿Para vos! Dijo el rey no sabiendo que podia ambicionar un hombre que de nada carecia.

—Sí señor, para mí. Le dijo don Guillen con naturalidad.

—Hablad.

(1) Hoy San Estéban. En esta iglesia se celebraron los funerales del Cid.

—Señor: V. A. es tutor y árbitro de la suerte de doña Estrella de Meneses.

—Ciertamente.

—Esta jóven ha de casarse precisamente á menos que la voluntad de V. A. no la destine para el claustro.

—No por cierto.

—Pues bien. Yo don Guillen de Moncada, señor de cien lugares, villas y aldeas, jefe de una de las primeras casas de la nobleza catalana, caballero condecorado con cuantas distinciones existen en el reino de Aragon y capitán de tres mil peones y quinientas lanzas armadas á mi costa, me presento á V. A. para pedirle en matrimonio la mano de doña Estrella.

El rey que habia escuchado con asombro la gravedad de las palabras que con tanto énfasis pronunciara don Guillen, quedó aun mas admirado al escuchar la peticion que le hacia con tanta formalidad.

—Don Guillen de Moncada, le replicó el monarca en el mismo tono:

—Yo don Jaime I, por la gracia de Dios rey de Aragon, Valencia y Cataluña, no puedo otorgaros la gracia que me pedís, sin faltar á una palabra ya empeñada, y los reyes no cometen nunca esta clase de faltas.

Al oír la contestacion del rey, don Guillen palideció de cólera y de celos.

—Es decir que V. A....

—He concedido ya la mano de doña Estrella á quien me la ha pedido antes que vos.

—¿Y no podria?...

—¿Me creéis capaz de faltar á mi palabra de caballero? le interrumpió el rey impetuosamente sin dejarle acabar la frase que habia comprendido; y luego como para templar la dureza de sus palabras y consolar el dolor que en don Guillen advertia, le dijo en tono jovial y amistoso.

—¿Qué diablos! Amigo mio, fuerza es conformarse. Otro os ha ganado por la mano; esto os enseñará que en amores como en las batallas, la ocasion pasa rápida como el pensamiento, y ¡ay de aquel que no sabe aprovecharla!

—Es verdad. ¿Y no podria decirme V. A. quién es el dichoso mortal que me ha vencido en esta lucha?

—Uno con quien no os aconsejo que lucheis muchas veces, amigo don Guillen. Vuestro vencedor de ayer en una palabra.

—¿Con que es?...

—Don Gaston de Silva, que al combatir con vos parece que siempre se presenta acompañado de la fortuna.

—Un caso, señor, no forma regla general y si ayer me ha vencido podria ser...

—Acabad.

—Nada, podrá ser que en otro torneo no tenga la misma suerte.

—Es cierto. Pero al oiros hablar anteriormente creí descubrir en vuestra frase no sé qué de fatídico.

—¿Sospechará acaso V. A.?

—De ninguna manera. Conque ea consolaos y echad el ojo á alguna linda y rica heredera, que no faltan, y venid á pedirme que os sirva de padrino.

—Doy á V. A. las gracias anticipadas.

—Ahora si nada teneis que decirme, voy á dejaros. Los negocios de mi reino no me dejan ni un instante libre. Adios.

Y diciendo estas palabras salió el rey de la cámara, saludando á don Guillen con esa cortesía que tan bien sienta en los poderosos dejando en ella al caballero que despues de vacilar un momento, salió tambien de palacio, para dirigirse á su casa, diciendo al pasar por debajo de la ventana de la habitacion de Estrella.

—No será suya ¡voto á los diablos!

Y arrojando una centella por los ojos, siguió precipitadamente, atropellando á cuantos encontraba á su paso desde el real palacio, hasta la casa que habitaba.

V.

En una estrecha callejuela situada á inmediaciones de la antigua muralla cerca del magnífico edificio de la Casa Lonja, mudo testimonio de gloria que aun se levanta orgulloso como para dar una muestra de la civilizacion árabe, habia entonces un edificio grande y sombrío que ocupaba él solo una de las aceras de la susodicha calle.

En esta casa tan negra como sus pensamientos vivia don Guillen.

En una habitacion baja de la citada casa, cuya descripcion omitiremos por creerlo poco interesante para nuestros lectores, se encontraba don Guillen pocas horas despues de la conferencia que antes hemos presenciado con el rey don Jaime.

El caballero catalan, sentado en un alto sillón, cuyo respaldo lo ocultaba completamente, dejaba escapar de su pecho de cuando en cuando un ruidoso suspiro que anunciaba bien claramente la tormenta que en su interior rugia.

Era la hora del crepúsculo y por consiguiente la habitacion en que don Guillen estaba se hallaba en la mas completa oscuridad, pues ya hemos dicho que estaba en el piso bajo de la casa y que la calle era muy estrecha.

Pero el caballero catalan no pensaba siquiera en pedir luz y hubiera estado á oscuras toda la noche á no haber tenido uno de sus criados el cuidado de iluminar



TIPOS ESPAÑOLES.—AVILESES.

la estancia de su amo entrando en ella con una lámpara que dejó sobre una de las mesas.

Don Guillen miró al criado distraidamente y cuando ya iba á salir de nuevo de la habitación, los ojos del caballero lanzaron un rayo de alegría y sus labios articularon esta palabra en tono imperioso.

—¡Aben!

Al oír esta voz, el criado que ya iba á cruzar la puerta, volvió inmediatamente y fué á colocarse delante de su amo mudo y silencioso como una estatua.

Antes de pasar adelante debemos decir algunas palabras á propósito de Aben.

Este era un moro que en una de las muchas correrías ó algaradas que las tropas aragonesas, hicieron por el reino de Valencia, antes de la conquista fue hecho prisionero por don Guillen de Moncada, el cual prendado de la buena presencia y enérgico carácter del cautivo, le conservó á su lado, colmándole de favores.

El agradecimiento del moro para con el caballero no tenia limites, pues dotado de una inteligencia clara y despejada, comprendia perfectamente que solo á su poderoso protector debia el verse libre de las vejaciones y disgustos que sufrían los que como él tenían la desgracia de caer en manos de sus enemigos.

Después que don Guillen estuvo examinando atentamente con su mirada fija, las facciones de su criado, le dijo al fin como satisfecho de su examen.

—Aben. ¿Eres fiel á mi persona?

—Como el puñal á la mano que sabe manejarlo.

—¿Y si á mí me estorbare un hombre?...

—Mandadme matar y mato.

—¿En silencio?

—No diré una palabra.

—Solo falta que te dé algunas instrucciones.

—Es inútil.

—Voy pues á decirte su nombre.

—¿Será por ventura don Gaston de Silva?

—¿Eres zahorí ó demonio? exclamó don Guillen casi espantado.

—¿Cómo sabes que ese hombre?...

—Muy sencillo, es vuestro rival...

—¿Pero tú?...

—Cómo sé todo esto? Aben lo sabe todo. Su amo delira todas las noches y Aben le sigue los pasos de día para averiguar un peligro y defenderle.

—Bien. Puesto que todo lo sabes...

—¿Mato?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—El vive aquí cerca y por esta calle pasa todas las noches.

—Entonces que muera.

—Morirá.

Y el moro se dispuso á salir de la estancia de don Guillen.

—Aguarda. Toma esta bolsa y parte después de concluida tu operación.

—Sin volver á daros cuenta.

—No hace falta. Tengo confianza en tu brazo.

—¿Y á donde debo partir?

—A la frontera de Castilla, donde me reuniré contigo.

—Adios, pues.

—Vé con Dios.

Y diciendo estas palabras se levantó don Guillen de Moncada el cual después de llenar sus bolsillos de oro, salió al patio de la casa donde pidió un caballo que montó no bien le fue presentado y partió al trote por el enmarañado laberinto de calles que constituían la ciudad.

VI.

Ya había entrado la noche y un hombre completamente embozado en un jaique morisco paseaba á pasos cortos y recatados por delante de la casa de don Guillen de Moncada.

Era Aben.

De pronto unas espuelas resonaron en el piso de la calle.

El morisco se ocultó en el umbral de la puerta.

El caballero que llegaba venia arrimado á las casas y completamente distraído.

Aben lo dejó pasar conteniendo la respiración con objeto de sorprenderlo.

No bien el distraído caballero había rebasado el sitio en que se encontraba el criado de don Guillen de Moncada, un puñal brilló á la luz de un farolillo mezquino que alumbraba un retablo colocado al extremo de la calle.

Un ¡ay! apenas inteligible rasgó el espacio y todo volvió á quedar en silencio.

VII.

Al día siguiente se encontró á don Gaston de Silva atravesado por la espalda de una puñalada.

Al saber el rey don Jaime tan infausta noticia, mandó buscar inmediatamente á don Guillen de Moncada, pero el caballero no pudo ser habido.

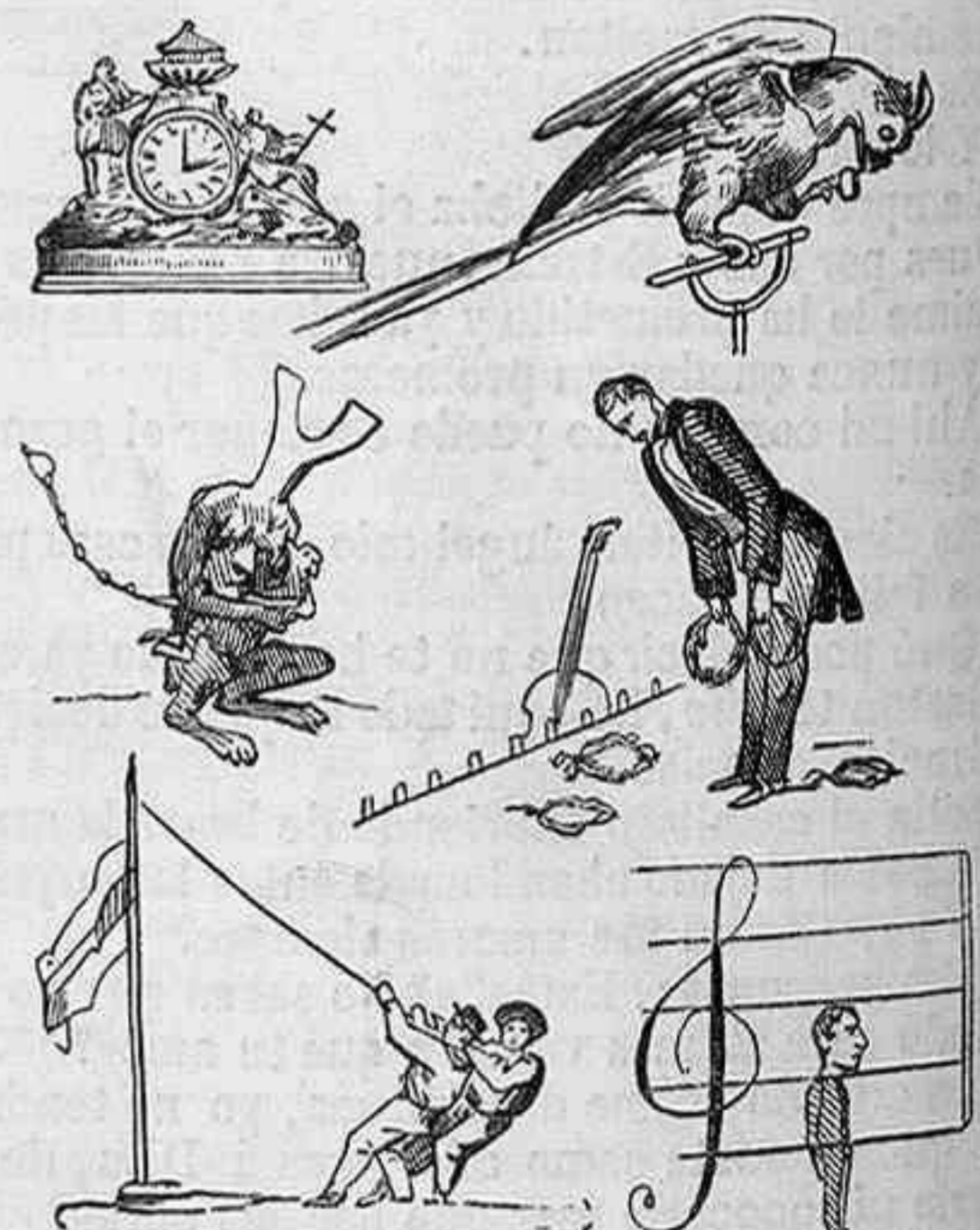
Doña Estrella tomó el hábito en uno de los conventos que el Conquistador acababa de fundar.

A poco tiempo ya se fue olvidando tan horrible suceso del que solo quedó una memoria: la calle en que se había cometido el crimen.

Esta calle se llamó, y se llama todavía *La calle de la Traición*.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

GEROGLÍFICO



La solución de este en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.